

vertía en acusada. Elegida hacía largo tiempo bajo el imperio de una situación tan diferente, habiendo caducado todos sus poderes, se sentía débil. Conservaba todavía en su seno trescientos enemigos de la Constitución, que sin dejar de protestar de que no actuaban, reaparecían en un momento dado, se mezclaban en las deliberaciones y votaban quizás sólo cuando podían perjudicar; esto bastaba para tachar de ilegales todos sus actos. Ella que se consideraba como la ley y esgrimía la espada en nombre de la ley, se veía sorprendida si la acusación era verdadera, en flagrante delito de crimen contra la ley. Era, pues, preciso, á toda costa, disolver el concurso y desgarrar la petición.

Tal fué seguramente la idea, no diré de la Asamblea entera que se dejaba conducir, sino la idea de sus directores. Supusieron que habían recibido aviso de que la turba del Campo de Marte quería dirigirse contra la Asamblea, lo cual era falso, y lo desmiente positivamente lo que los testigos oculares que aun viven refieren al describir la actitud del pueblo. Que hubiese habido entre ellos un Fournier ó cualquier otro loco que lo propusiese, no es imposible; pero ni él ni otro, tenían la menor influencia sobre la multitud, que era inmensa, compuesta de mil elementos diversos, tanto menos fáciles de arrastrar cuanto menos temible. Las aldeas de la jurisdicción, ignorando los últimos acontecimientos, se habían puesto en camino, especialmente las del Oeste, Vaugirard, Issy, Sevres, Saint-Cloud, Boulogne, etc. Acudían como á una fiesta; pero una vez en el Campo de Marte ya no tenían intención de ir más allá; en aquel día de calor extremado, buscaban un poco de sombra para descansar bajo los árboles que allí hay, ó bajo la ancha pirámide del altar de la patria.

Entretanto llega al Hotel de Ville, á eso de las cuatro, un mensaje aterrador de la Asamblea, y al mismo tiempo circula por la Greve entre la guardia asalariada el rumor de que «una cuadrilla de cincuenta mil bandidos reunidos en el Campo de Marte va á marchar contra la Asamblea.»

Esto estaba en oposición con el informe de Lafayette, con el de los dos municipales que habían vuelto con posterioridad al Hotel de Ville conduciendo una diputación de aquellos pacíficos bandidos con la pretensión de que fueran puestas en libertad dos ó tres personas que habían sido detenidas. El alcalde, la municipalidad, el departamento, vacilan entre aquellas impresiones tan contradictorias, y si pudieran tratarían de aplazar aun la solución. Sin embargo, la Asamblea manda y Bailly no tiene más remedio que obedecer. Los jefes del departamento Larochefoucauld, Talleyrand, Beaumety y Pastoret tiemblan por haber esperado tanto y censuran las dilaciones de la municipalidad: «Henos aquí, dicen, comprometidos en el concepto de la Asamblea.»

Mientras tanto la tropa asalariada, los Hullin y otros se desesperaban en la Greve. Aquellos guardias franceses, muchos de ellos vencedores de la Bastilla, estaban hacía mucho tiempo furiosos, exasperados

contra los diarios y los agitadores demócratas que les llamaban polizontes de Lafayette. Esperaban con impaciencia el día en que lavaran con sangre esta afrenta, y no pudieron contener un grito de alegría cuando vieron en las ventanas del Hotel de Ville, en las que tenían fija su mirada, enarbolar la bandera roja.

El pobre Bailly bajó á la Greve muy pálido. El infortunado astrónomo, después de una vida consagrada al estudio, se ve necesariamente obligado por aquella turba furiosa á derramar sangre. Imagen de la fatalidad, se veía, sin embargo, que no tenía nada, y que desde mucho antes había hecho el sacrificio de su vida. En el mismo día del triunfo, el 23 de Julio del 89, cuando consintió en que le nombraran alcalde, cuando Hullin le cogió del brazo para ir á Nuestra Señora, rodeado de soldados, había dicho: «¿Verdad que parezco un prisionero que llevan á la muerte?» Si que lo parecía el 17 de Julio del 91. En su rostro se veía la impresión que le habían producido estas frases de un periódico: «Este día será un veneno lento que apuraréis hasta el último de vuestra vida.»

Desde hacía una hora que se había tocado á generala en París, con admiración de todo el mundo, los guardias nacionales acudían de todas partes. Caminaban en largas columnas, unos por las Campos Eliseos, otros por los Inválidos ó por el Gros-Caillou. Un momento antes de llegar les obligaban á cargar las armas, porque se decía que los insurrectos eran dueños del Campo de Marte, donde se habían atrincherado.

Copiaré textualmente la narración inédita de un testigo muy digno, muy verídico. Era guardia nacional en el batallón de los Mínimos, que con los de *Quince-Vingts* de Popincourt y de Saint-Paul, se alinearon paralelamente á la Escuela Militar.

«El aspecto que presentaba entonces aquella inmensa plaza nos llenó de admiración. Esperábamos verla ocupada por una turba furiosa y no encontramos más que una reunión pacífica de paseantes dominigueros, esparcida en grupos, en familias y compuesta en gran parte de mujeres y de niños, entre los que circulaban vendedores de coco, de tortas y de pasteles de Nanterre, muy en boga entonces por la novedad. No había nadie entre aquella multitud que llevase armas, excepto algunos guardias nacionales luciendo sus uniformes y sus sables, pero la mayor parte acompañados de sus mujeres no tenían nada de amenazadores ni de sospechosos. Era tan grande la tranquilidad, que varias compañías de los nuestros pusieron sus fusiles en pabellones y algunos, movidos por la curiosidad, fueron hasta el medio del Campo de Marte. Interrogados á su regreso dijeron que no había nada de nuevo, sino que estaban firmando una petición en las gradas del altar de la patria.

»Este altar era una construcción inmensa de cien pies de altura; se apoyaba sobre cuatro macizos que ocupaban los ángulos de su vasto cuadrilátero, sobre los que se apoyaban vigas colosales. Estos macizos

estaban unidos entre sí por escaleras de tal anchura que podía subir de frente por cada una de ellas un batallón. Sobre la plataforma se elevaba en forma de pirámide, con una multitud de escalones, un graderío coronado por el altar de la patria, al que daba sombra una palmera.

»Las escaleras construídas en las cuatro caras, desde la base á la cúspide, habían servido de asunto á la multitud fatigada por un largo paseo y por el calor del sol de un día de Julio. Cuando llegamos nosotros, aquel gran monumento parecía una montaña animada, formada de seres humanos unos sobre otros. Ninguno de nosotros preveía que aquella construcción hecha para una fiesta, iba á convertirse en un sangriento cadalso.

»La muchedumbre que llenaba el Campo de Marte no se había preocupado lo más mínimo de la llegada de nuestros batallones; pero pareció que se conmovía cuando el redoble de los tambores anunció que llegaban más fuerzas militares y que iban á entrar en el recinto por la verja del Gros-Caillou, abierta enfrente del altar. Sin embargo, la multitud curiosa y confiada se precipitó á su encuentro; pero fué rechazada por las columnas de infantería que, obstruyendo las salidas, avanzaron y se desplegaron rápidamente, y sobre todo por la caballería, que corriendo á ocupar los flancos levantó una nube de polvo que cubrió toda aquella escena tumultuosa.»

El espectáculo era inexplicable visto desde la Escuela Militar. Puede asegurarse que pocas personas, en el Campo de Marte, se daban cuenta de él. Era preciso, para comprenderlo, dominar el conjunto. Esto es lo que hicieron varios realistas precavidos. El austriaco Weher, hermano de leche de la reina, se situó en el mismo ángulo del puente. El americano Morris, familiar íntimo de las Tullerías, subió á las alturas de Chaillot, desde la que también nosotros vamos á observar la escena; se domina admirablemente la situación y no se nos escapará nada: el Campo de Marte está á nuestros pies.

En el fondo del cuadro, delante de la Escuela Militar, aquella muralla de tropa es la guardia nacional del barrio de San Antonio y del Marais. No cabe duda de que Lafayette se fió poco de aquellas gentes y les ha agregado, para vigilarles, un batallón de la guardia asalariada.

Esta guardia constituye su fuerza. ¡Vedla casi entera cómo entra ruidosa y formidable por el Gros-Caillou en medio del Campo de Marte, cerca del centro, cerca del altar, cerca del pueblo!... ¡Cuidado con el pueblo!

Y con la guardia asalariada entran muchos guardias nacionales, unos ardientes fayettistas (indignados porque se ha hecho fuego contra su dios), otros furiosos realistas, que vienen suavemente á derramar sangre republicana bajo las banderas de Lafayette. Sobre todo, los oficiales de la guardia nacional fueron los primeros en acudir al llamamiento; había más oficiales que soldados; casi todos ellos eran nobles,

casi todos caballeros de San Luis. Un periódico asegura que en aquella época había en París doce mil de estos caballeros. Estos militares se hacían nombrar sin dificultad oficiales de la guardia nacional; citaremos entre otros á un vendeano, exgobernador de M. de Lescure; Enrique de la Rochejaquelein lo fué también en la guardia constitucional del rey.

Los ardientes realistas, los más impacientes por herir, no sabían



E hizo fuego sobre la masa inofensiva del altar de la patria. (Pág. 659)

si debían seguir á Lafayette, á la guardia asalariada ó alistarse en el tercer cuerpo, bajo la bandera roja. Esta bandera llegaba por el puente de madera (donde está el puente d'Iena) con el alcalde de París. Conducía una reserva de guardia nacional á la que se habían agregado algunos dragones (conocidos por su realismo) y una banda bastante ridícula de peluqueros que, además de la espada que tenían derecho de llevar, iban armados hasta los dientes. Querían vengar, sin duda, al peluquero ahorcado por la mañana por las gentes del Gros-Caillou.

La bandera roja, muy pequeña, invisible en el Campo de Marte, entró con el alcalde por el lado del puente. A su izquierda, en el glacis, había una turba de pilluelos del barrio, de vagos, y sin duda también la gente de Fournier el americano. Al tratar el alcalde de requerirles para que se disolvieran, cayó sobre él una lluvia de piedras y luego le dispararon un tiro que hirió á un dragón que se hallaba detrás de Bailly.

La guardia nacional contestó, pero disparando al aire ó con pólvora solo, pues no hubo en el glacis ningún muerto ni herido.

¿Vió aquella escena la gran masa del pueblo que estaba sentada en el centro, sobre las gradas del altar de la patria? Sin duda oyó confusamente los tiros y creyó con fundamento que disparaban con pólvora sola. Creyó que iban á hacer también las prevenciones de ordenanza. Muchos no se atrevían á abandonar el altar, viendo que las tropas lo ocupaban todo, la Escuela Militar, el Gros-Caillou y hacia Chaillet. En la planicie, invadida rápidamente por la caballería, innumerables grupos buscaban inútilmente una salida para dirigirse hacia París. Después de todo, el altar parecía el sitio más seguro para los que iban acompañados de mujeres y de niños; creían encontrar allí un asilo inviolable. Para los creyentes de la antigua religión, lo mismo que para los de la nueva, aquel altar era sagrado. ¿No había dicho en él misa el clero de París hacía tres días, y la libertad no había oficiado también en él el día de la Federación?

La masa de las tropas asalariadas que habían entrado por el centro, la artillería y la caballería, alineadas en el Campo de Marte por el lado del Gros-Caillou tenían á la espalda los glacis donde refluía la canalla, los chiquillos, los furiosos que habían tirado ya contra Bailly, por la parte del río, y á quienes había dispersado la descarga de pólvora sólo. Menos asustado que envalentonados y pudiendo en todo caso, si se hacía fuego, esconderse detrás de los glacis, vociferaban y tiraban piedras á «los polizontes de Lafayette.» Los directores contaban con que estos, molestados por tanta provocación, acabarían por perder la serenidad y por hacer alguna barbaridad, con lo que el pueblo, volviendo á entrar furioso en París, tal vez promovería un alzamiento general como en Julio del 89.

El alcalde y el comandante, dos hombres que no tenían nada de sanguinarios, de seguro no habían dado más que la orden general de emplear la fuerza en caso de resistencia; y contaban con dar sobre el campo de batalla las órdenes que las circunstancias exigiesen, decir cómo, cuándo y dónde se había de emplear la fuerza.

¿Qué mortífera influencia movió á la tropa del centro á disparar sin esperar ninguna señal? No creo que las provocaciones salidas de los glacis basten á explicar la cosa. Veo más bien la acción, la instigación directa de los que tenían interés en acabar á un tiempo con la petición y con los peticionarios. Me refiero á los realistas. Hemos visto que los

más violentos de entre ellos, nobles ó clientes de los nobles, peluqueros, dragones, etc. se habían incorporado á la tropa del centro ó á la de Bailly. Estos últimos, según toda probabilidad, viendo que los guardias nacionales de Bailly disparaban al aire, fueron á quejarse á las tropas del centro, diciendo que se había hecho fuego sobre el alcalde y que eran imposibles las intimaciones. Los jefes debieron creerlos, tomando aquel aviso como una orden del mismo alcalde, y siguieron á sus furiosos guías que les mostraban y marcaban como blanco el altar y la petición.

Si la guardia asalariada no hubiera sido dirigida con esta habilidad por los que llevaban un fin político, se puede afirmar que ella hubiese disparado con preferencia sobre los que la arrojaban piedras, sobre los agresores. Pero sucedió al revés; dejó tranquilos á los grupos hostiles que la provocaban, é hizo fuego sobre la masa inofensiva del altar de la patria. La caballería tomó el galope y se precipitó loca y furiosa contra aquella montaña viviente compuesta de hombres, de mujeres y de niños, que respondió á la descarga con un grito de espanto...

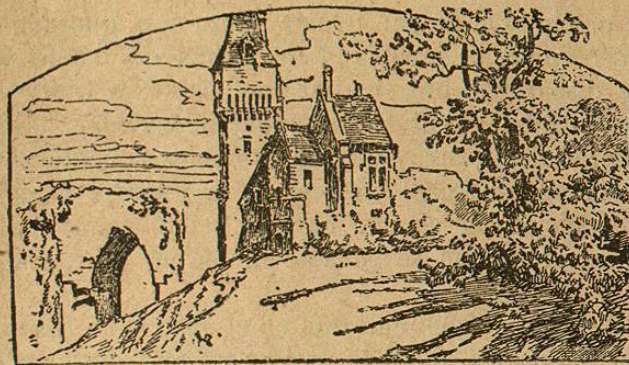
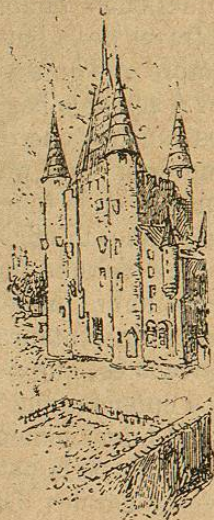
¡Cosa inverosímil y sin embargo cierta! La artillería que había permanecido en su puesto, queriendo también hacer algo por su parte, dispuso tirar con metralla á través de la llanura, en medio de una nube de polvo, sobre la muchedumbre que huía y sobre su propia caballería. Fué necesario, para contener á aquellos bárbaros, que Lafayette colocase su caballo á la boca de los cañones que iban á disparar.

Veamos cuál fué la impresión que produjo aquella escena en la guardia nacional y especialmente en la que se hallaba á la parte de la Escuela militar: «Nosotros no vimos ni oficiales municipales, ni bandera roja y no teníamos idea siquiera de que fuese posible proclamar la ley marcial contra aquella muchedumbre inofensiva y desarmada, cuando oímos un gran clamoreo seguido instantáneamente de un grande y prolongado fuego. Gritos desgarradores, que no pudieron ser ahogados por las detonaciones, nos dieron á entender que asistíamos no á una batalla, sino á una matanza. Así que el humo comenzó á disiparse descubrimos con horror que las gradas del altar de la patria y todos sus alrededores estaban sembrados de muertos y heridos. Grupos de hombres, de mujeres de ancianos y de niños, escapados á la hecatombe corrían hacia nosotros, perseguidos por la caballería, que los cargaba sable en mano. Nosotros abrimos nuestras filas para proteger su fuga y sus encarnizados enemigos tuvieron que detenerse ante nuestras bayonetas y que retroceder ante nuestras amenazas y nuestras execraciones. Un ayudante de campo que vino á traernos la orden de adelantar para barrer la plaza y operar nuestra unión con las otras tropas fué acogido con las mismas vociferaciones; y la energía de tan rudas manifestaciones no debió dejar duda de que aquella jornada, ya tan sangrienta, aún podía serlo más.

»Sin esperar á que estas disposiciones se hiciesen más manifiestas

el comandante formó en columna su batallón, colocando exploradores en los flancos.

»Imitaron este movimiento los otros batallones, y todos juntos, por una resolución espontánea, salimos del Campo de Marte dando rienda suelta á nuestra indignación y á nuestro dolor.»



## CAPITULO XXI

### Los Jacobinos abatidos y de nuevo realzados. (Julio del 94)

¿Quién fué el culpable de la matanza?—Impresión que el hecho produjo en las Tullerías—Terror de los Jacobinos, 17 de Julio.—Madama Roland ofrece asilo á Robespierre.—Dudas y errores de los constitucionales.—Paso humillante de los Jacobinos, 18 de Julio—Se quedan dueños del local y de la correspondencia—Los Fuldenses se anulan á sí mismos, 17-23 de Julio.—Reorganización de los Jacobinos bajo la influencia de Robespierre.—Mensajes amenazadores de las ciudades á la Asamblea, fin de Julio.—Esta renuncia á encargarse del gobierno por sus comisarios enviados á las provincias.

Bailly, que desde el puente tuvo que atravesar la mitad del Campo de Marte, no llegó al centro delante de la guardia asalariada, hasta después de la horrorosa ejecución, y dijo: «Que se hallaba vivamente afectado al ver que algunos imprudentes habían hecho fuego.» Un diario, que por cierto le era hostil, atestigua estas palabras.

En la información que aquella noche se hizo en la municipalidad, se dió á los sucesos la misma interpretación: una imprudencia, un desorden sobrevenido, á pesar de las autoridades y sin ninguna señal suya.

Al hospital de Gros-Caillou, fueron llevados doce cadáveres, y se dice que durante la noche fueron arrojados muchos al Sena. Los diarios llegaron á precisar, pero con evidente exageración, la cifra de mil quinientos.

Los doce de quienes se conservan los nombres, señas y trajes, son todos gentes obscuras, pobres gentes de la clase obrera; un muchacho reconocido por su padre al día siguiente; una mujer del pueblo, de 50 á 60 años, pobremente vestida, gruesa y pesada que no pudo correr, etc.

¿Qué parte tuvo cada cuál en aquella desdicha y aquel crimen?—Ni Bailly ni Lafayette dieron la voz de fuego.—Es indudable que se abusó de la orden general dada al partir, de disolver los grupos por la fuerza si había resistencia. Orden que suponía además una señal que no se aguardó.